

trabajos; pero puede decirse que habían realizado sus deseos de aventuras de lo desconocido. Retrocedamos unos ocho meses para narrar el viaje que hicieron hasta Huetamo después del 11 de Abril de aquel año. Es un recuerdo curioso con detalles romancescos.

Refiere Mr. Loomans que cuando salieron de Tacámbaro, el 12 de Abril, se atrevió á preguntar á uno de los soldados de la escolta:

—¿A dónde se nos lleva?

—Eso nada le importa, amigo; le contestó el interpelado.

Mr. Loomans se indignó de la respuesta grosera, y tuvo razón, pues que, al que en realidad no le importaba el asunto, era al conductor.

Oh! se les hizo "caminar á pie, al lado de la escolta, compuesta de indios que saben tragar leguas por montes y por llanos. Los oficiales, que eran siete belgas, un francés y un mexicano, bajo su palabra de no fugarse, habían conservado sus espadas y equipajes, y se les había proporcionado un jumento para que fuesen remudándose en el camino. La remonta era humilde pero cómoda.

"Después de una hora de marcha, la columna penetró en una zona admirable de vegetación que se perdía de vista, ondulando en las crestas de las montañas, descendiendo á los valles y derramando en el fondo de las barrancas sus árboles empenachados de flores y cubiertos de frutos." Este espectáculo les pareció tanto más risueño, cuanto que supieron que el coronel Villagómez, el jefe que los conducía, había adelantado algunos de los suyos á San Antonio de las Huertas á fin de que se preparasen para los prisioneros carne y tortillas.

Al día siguiente, la bella y espléndida vegetación cesó de pronto: los prisioneros entraron en un verdadero Sahara, el mismo que nosotros atravesábamos con frecuencia. A ellos les pareció espantoso. Después de cinco horas de camino tuvieron sed. No había una gota de agua. Hasta los indios de la escolta caminaban fatigados y silenciosos.

Pero no hay mal que dure cien años. Los belgas comenzaban á quedarse rezagados. Entonces el coronel Villagómez dió orden de fusilar al que abandonase las filas. Todos se apresuraron, prefiriendo morir de sed y no á balazos.

Por fin se llegó á un riachuelo. "¿Tengo necesidad de afirmar, dice el escritor belga, que todos nos lanzamos como insensatos hacia la fuente milagrosa? Sumergimos en ella nuestros labios negros de polvo y horrorosamente secos. Por más de un cuarto de hora no se oyó otro ruido que el delicioso claqueo de trescientos gaznates, belgas é indios, tragando precipitados el brevaque que nos volvía á la vida, á la esperanza, al valor, al olvido de los sufrimientos pasados. Me parece que aún estoy bebiendo!"

Al rendir la jornada no se encontró una vaca ni un buey. Villagómez dispuso que se repartiesen entre los belgas unos cerdos que había en un *chiquero*. Los belgas se vieron en la dura necesidad de freir la carne y de cenar *carnitas* y *chicharrones*, y hasta después de estar hartos se acordaron de que aquel día era..... viernes santo!

Pero el cielo los castigó. Imagínense ustedes que, buscando un lugar limpio para tumbarse y dormir, fueron á dar á un paraje donde había varios montículos de arena y al rededor el suelo raso. Más tardaron en acostarse que en dar un brinco, desesperados y prorrumpiendo en gritos de dolor. ¡Aquellos montículos eran hormigueros de *chancharras*!

Los belgas creyeron en la justicia divina, admirándose tan sólo de que á los indios, que también habían comido *chicharrones* en viernes santo, no les hubiesen picado las hormigas.

Por fin, al cuarto día de la salida de Tacámbaro, los prisioneros vieron desaparecer el desierto y entraron á un país de grandes árboles, de frutas y de arroyuelos. Los alimentos fueron entonces abundantes.

A este propósito, dice el escritor belga: "es de mi deber declarar que, salvo lo penoso del camino, sólo teníamos alabanzas para el coronel Villagómez, que se mostró siempre bueno con nosotros. De figura dulce y simpática, nos inspiraba mucha confianza."

El 16 llegaron á Huetamo. La gente acudía á ver á los belgas. Las mujeres eran quienes mostraban más curiosidad, mezclada de admiración y de piedad. Muchos de los prisioneros, los más impresionables, acariciaron tiernas esperanzas ante aquella acogida. Llamáronles la atención las buenas for-

mas de aquellas indias, su andar voluptuoso y sus ojos brillantes. Ignoraban aún las intimidades de la *quiricua* ó sea el mal del *pinto*, de que no están exentas las *tierracalienteñas*. Por lo demás, los belgas, tras ocho meses de permanencia en aquellos lugares, afirmaban que el *pinto* no es contagioso.

Se fijaron en el aseo, en la excesiva limpieza de la persona y del traje de las mujeres, y no dejó de causarles impresión ver á los hombres de calzón blanco, camisa de fuera, sombreros de petate con toquillas y ribetes de galón de plata, y eternamente con el machete fajado á la cintura.

Poco después de haber llegado á la plaza, el coronel Villagómez invitó á los prisioneros á un frugal almuerzo. Sentáronse en pelotones debajo de las frondosas zirandas negras que adornaban la plaza de la ciudad. Al pie de cada uno de aquellos árboles había un *restaurant* á pleno aire: la cocina se componía de platos nacionales, y las dueñas de aquellos establecimientos tenían el delicioso nombre de *chimoleras*.

Después del almuerzo se mandó formar en filas, y en aquel instante se presentó el coronel D. Leonardo Valdés, Prefecto del Distrito y Comandante militar de la línea. Era Valdés entonces un hombre como de cuarenta años de edad, alto, robusto: se veían los huesos duros de los pómulos; su mirada un poco hosca, sin duda porque en el ojo izquierdo caía con frecuencia el párpado superior. Empero, en su continente todo había cierto aire de franqueza y de lealtad que hacía pensar al verlo: hé ahí á un hombre valiente y generoso. Montaba en aquel día un caballo retinto que, más que andar, parecía deslizarse por el suelo, erguido y lleno de arrogancia; las patas finas, la nariz humeante, las orejas en frecuente movimiento y los ojos vivos y chispeando. Valdés usaba el mismo traje que sus paisanos, pero se distinguía por cierta superioridad que había en su persona.

El coronel Villagómez le entregó los prisioneros, y acto continuo se despidió de ellos. "Al abandonarnos, dice Mr. Loomans, aquel oficial tenía las lágrimas en los ojos; nosotros..... también! Sabed, querido lector, que un enemigo vencedor que trata á sus prisioneros según las santas leyes de la humanidad, sin faltar á los deberes que le incumben, vie-

ne á ser para el vencido un amigo en la pobreza y un consuelo en la desgracia. Tal había sido Villagómez con nosotros: su partida nos oprimió el corazón, y la vimos como una esperanza que se desvanece al nacer."

Comenzó la vida de prisioneros para los belgas y *mexicanos* que estaban en su compañía. Desde luego se presentó un médico á curar á los heridos. "Era un bravo hombre de un carácter afable, leal y humanitario aquel modesto doctor indio. No se contentaba con ejercer su oficio, sino que cuando el Administrador de rentas no nos daba á los belgas nuestro haber y quería fusilarnos en masa, intervenía enérgico y ganaba su causa. Dicho empleado de rentas era un gran borracho, obeso y con el vientre abultado: al mismo tiempo que amenazaba á los prisioneros con la gran hecatombe, les hacía caricias en el hombro y les repartía el dinero."

El médico aquel era Leonides Gaona, patriota, valiente y humilde en la extensión de la palabra. El Administrador de rentas era Rafael Cosío, bien retratado por el escritor belga. Hombre lleno de méritos en su conducta civil y que tenía la desgracia de embriagarse profundamente y con alguna frecuencia, convirtiéndose entonces en un tigre..... con corazón de paloma.

El dinero que se repartía era un real (12½ centavos) diario á cada uno de los prisioneros, además de su ración de carne. Esto y algunas tortillas completaban de una manera soportable la cuestión del estómago.

Los presos tenían por prisión la plaza de Huetamo, y por alojamiento los portales, abiertos al tránsito público. Solamente los vigilaban unos cuantos *pintos* de calzón blanco, camisa de fuera y machete colgando de la cintura.

Esta vida les parecía horriblemente fastidiosa!

Para ponerle término no había otro remedio que abandonar aquel pueblo monótono. Combinaron un plan general de evasión; pero fueron delatados por un soldado francés de los prisioneros, y el coronel Valdés dispuso entonces trasladarlos á Zirándaro, al otro lado del río de las Balsas, dificultándoles así otra tentativa de fuga.

Después de haber caminado seis leguas, en medio de una

vegetación insondable, un *hurra* de admiración se escapó del pecho de los prisioneros. Acababan de divisar el gran río. "Un verdadero río americano en medio de un paraíso de verdura; en aquel paraje su anchura es de más de quinientos metros; rueda sus aguas con una majestad serena y arrastra masas flotantes de árboles y de plantas.

"Ah! Aquella agradable impresión se tornó luego en tristeza. El río iba á ser su carcelero. En la margen izquierda se levantaba el caserío de Zirándaro, más silencioso, más primitivo y miserable que el de Huetamo. Los habitantes de aquel lugar pasaban por ser partidarios del imperio, y esto era un consuelo para los prisioneros, que estaban seguros de tener una acogida más simpática que la de Huetamo." Desgraciadamente no fué así: los escritores belgas que hablan del asunto, por experiencia personal, dicen que los naturales de aquel pueblo se contentaron con divisar desde lejos á los recién llegados y se apresuraron á entrar en sus casas, cerrando las puertas, como si hubiesen visto una tribu de antropófagos.

Quedaron los prisioneros bajo la vigilancia del comandante del lugar, Nicanor Gómez, uno de los más valientes oficiales de la brigada Valdés. La población les sirvió de cárcel, y tenían libertad para recorrer á gran distancia la orilla del río. Por lo demás, la situación había empeorado para ellos, porque la de los republicanos no podía ser más desastrosa. La derrota de Cerro Hueco y la ocupación por las fuerzas imperialistas de las poblaciones que nos proveían de recursos, habían colocado al Ejército del Centro en una extremada miseria, cuyas consecuencias influían de rebote en los prisioneros de Zirándaro. Entonces fué cuando en muchísimas veces les faltó la ración de carne y el corto auxilio de dinero que se les daba. Ya hemos visto que su Emperatriz se limitó á enviarles una vez una corta limosna, que no otro nombre merece la insignificante suma que recibieron.

Los soldados belgas comenzaron á fugarse, unas veces solos, otras hasta en grupos de tres ó de cinco. El comandante Gómez, compadecido de ellos, se hacía el disimulado, vigilando tan sólo á los oficiales y sargentos. La evasión se hacía

con rumbo al Estado de Guerrero, y Gómez comprendió bien que ninguno de los escapados que tomaban aquel camino trataría de volver á servir al Imperio.

Alguna señoras de Zirándaro, como por ejemplo las González y Pinedas, no vieron con ojos indiferentes la situación de los prisioneros. Les enviaban con alguna frecuencia provisiones de boca, y tisanas para curarse de las calenturas. Cualquiera comprende que aquellas caritativas señoras no podían echar á su cargo la mantención diaria de cerca de trescientas personas. Algunos rancheros de los alrededores vinieron también en su auxilio, obteniendo del comandante D. Nicanor el permiso de llevarse algunos alojados á sus ranchos.

Además, en vista de que su Gobierno los había olvidado, como si no existieran, no pocos de los belgas solicitaron pasar á Huetamo, unos á fabricar pólvora y parque, otros á servir de cajistas en la imprenta de *La República*, periódico oficial del Gobierno legítimo del Estado, y otros á servir de ordenanzas á nuestros oficiales. Con todos éstos, y con los desertores franceses y belgas que se pasaron después á nuestras tropas, formó más tarde el general Riva Palacio la legión extranjera.

Afliictiva como era la situación de los belgas, no puede llamarse desesperada, puesto que hallaban corazones generosos que los arrancaban de las garras del hambre y los llenaban de atenciones. Pero entre ellos mismos encontraron quienes agravasen sus males. Los sargentos Gheude y Kok, abusando de la libertad que el comandante Gómez les había concedido para circular en los ranchos y hasta para desertarse con rumbo á Guerrero, atravesaron á nado el río, y haciendo un viaje harto peligroso por cierto, lograron llegar á la línea que ocupaban los imperialistas y se incorporaron á su regimiento. Esto hizo que el coronel Valdés diese orden de reunir á todos los que vivían en ranchos distantes y de que se les vigilase con alguna severidad. Los oficiales, que no eran extraños á la evasión de Kok y Gheude, fueron confinados al pueblo de Santiago, aislándolos de sus soldados.

Por lo demás, éstos se habían hecho un poco prácticos du-

rante su permanencia en los ranchos; habían aprendido á fabricar reatas y á tejer sombreros de palma que mandaban vender al mercado de Huetamo: sabían pescar y salar los pescados bagres; y sobre todo habían cobrado tal gusto por cierto alimento apetitoso, que era ya imposible que les acosara el hambre. Se les veía largos ratos espiando en las cercas y en los árboles armados de grandes varas, que manejaban con agilidad. Hacían la caza de la *iguana*.

La iguana es un reptil semejante á una lagartija grande: cuando jóvenes son de un color verde esmeralda, y negras en su edad adulta con la piel cubierta de arrugas, la mirada dolorosa, y el todo de un aspecto asqueroso y repugnante. Si se ven perseguidas huyen con increíble rapidez, y si están en una altura, aunque sea bastante elevada, se dejan caer, oyéndose el ruido de la caída tan fuerte, que parece que se hacen pedazos. Lo que sucede es que la iguana se infla al desprenderse, y en el momento de la caída, se escapa el aire tronando como un disparo.

Ahora bien, los belgas habían aprendido á comer la carne de aquel lagarto, blanca y delicada, que en la tierra caliente se tiene como un manjar delicioso. Confieso que yo me abstuve siempre de esa delicia, si bien no estoy seguro de que inconscientemente me haya alimentado varias veces con ese manjar. En cuanto á los belgas, salieron inteligentes cazadores de iguanas, y sabían condimentarlas mejor que las rancheras. Los belgas, pues, podían ya atenerse á sus propios recursos.

A causa de su irreligiosidad, los habitantes no les profesaban grandes simpatías. Ya vimos en otro capítulo cómo convirtieron en leña las cruces del cementerio de Acuizio. Citaré ahora otro hecho que demuestra cuánto se equivocaron los clericales, creyendo que los extranjeros que invadieron el país eran defensores de la religión. Téngase entendido que el episodio que voy á referir está tomado de la obra tantas veces citada del escritor belga, de quien son también muchos de los detalles que vengo refiriendo.

En aquel año de 1865 la estación de las aguas fué abundantísima. Las nubes parecían cataratas, los ríos crecieron considerablemente y los caminos estaban intransitables.

Desde el mes de Agosto el Balsas se presentaba amenazador. Se oía á gran distancia el ruido de la corriente. Las aguas iban turbias, arrastrando árboles enteros que descuajaban de las riberas.

Una mañana, los habitantes de Zirándaro despertaron aterrorizados. El río había salido de madre. El pánico fué general. Los vecinos se subían á lo alto de las casas huyendo del devastador elemento, y mientras los hombres ayudaban á los niños, las mujeres lanzaban gritos lastimeros.

En medio de aquella escena apareció el cura del lugar y, á grito abierto, llamaba á algunos de sus feligreses. Nadie acudió. Entonces el padre, dirigiéndose á los belgas, dijo:

—Ustedes son mejores católicos; vengan acá los cuatro más fuertes.

Se presentaron los más robustos, y con ellos penetró al interior del templo. A poco apareció precedido de su acólito y seguido de nuestros cuatro hombres que llevaban en los hombros un San Juan Bautista, grande escultura de madera, en la que el arte brillaba por su ausencia.

La pequeña procesión se dirigió resueltamente hacia el río, atravesando las aguas espumosas que corrían por la playa. A corta distancia el cura hizo seña á los cargadores para que depositaran allí con cuidado las andas. Hecho lo cual, desandaron el camino, y el cura, colocándose donde pudiese ser oído de sus feligreses, les predicó en los siguientes términos:

—Desechad, hermanos míos, vuestros temores, y alabad al Señor. Nuestro santo va á hacer un milagro: el río no se atreverá á pasar sobre la veneranda imagen. Ya nos hemos salvado. Alabad al Señor.

“Ay! aquel río era un malvado de la peor especie. Sin vacilar, sin temor alguno, sino como la cosa más natural del mundo, cubrió con sus olas el San Juan y lo arrebató en medio de la corriente, sumergiéndolo á veces y á veces dejándolo flotar sobre las aguas, y haciéndolo por fin desaparecer en la mansión de los caímanes. ¡Sacrílego río! Y sacrílegos belgas que se reían de la impotencia del santo y de la estupidez del cura. Por fortuna para éste, algunos rancheros hallaron poco después al San Juan enredado entre unos bejucos

y balanceándose sobre el río. Sea esto dicho á despecho de los incrédulos que niegan los milagros.”¹

.....

Una tarde, á fines de Octubre, los belgas habían tomado una resolución atrevida. Sencillamente iban á desarmar al comandante Nicanor Gómez y á sus soldados; se apoderarían de las canoas, atravesarían el río y caerían de sorpresa sobre Huetamo. Una vez tomada esta plaza, ¿quién se atrevería á estorbarles el camino de México?

Estaban combinando su plan cuando vieron aparecer á Nicanor con una escolta inusitada y numerosa. Tal vez habían sido delatados los prisioneros. Se les pasó lista y luego fueron encerrados en un corral, donde se pusieron muchos centinelas. Allí supieron con inexplicable terror el suceso de Santa Ana Amatlán y los fusilamientos de Uruapan. Sobre el delito de evasión pesaba sobre ellos una amenaza terrible: ¡Las represalias!

“El 3 de Octubre — dice el escritor belga — el emperador Maximiliano, malaconsejado y queriendo establecer el terror á todo precio, había lanzado el decreto más estúpido, que sólo podía servir para debilitar su imperio poco constituido y que debía producir fatalmente las más terribles represalias.

“Entre los fusilados estaba el coronel Villagómez, el mismo que nos había conducido de Tacámbaro á Huetamo. ¿Qué más pretextos podrían tener los enemigos para fusilarnos á todos?”

Para agravar más la situación de los prisioneros en Zirándaro, los oficiales belgas y franceses confinados en el pueblo de Santiago se fugaron en masa, pero fueron reaprehendidos en la mañana del día siguiente.

Entonces alguien dijo á los belgas que había llegado la orden de que fuesen pasados por las armas.....

El fusilamiento debía comenzar por los oficiales.

Oigamos al oficial belga:

“Permanecemos encerrados en un *corral*, aglomerados estrechamente y devorando calabazas por todo alimento. A ca-

¹ Escritor citado.

da instante creíamos llegado el último de nuestra vida, sobre todo cuando algunos de los centinelas que nos cuidaban, si-niistros farsantes, cargaban sus armas con una pantomima expresiva.....

“Así pasamos tres noches.....

“De repente, en medio de la cuarta noche, escuchamos los sonidos cadenciosos de muchos clarines al lado opuesto del río.....

“Era un refuerzo de chinacos.....

.....

.....

.....

Pero un día, el 28 de Noviembre de 1865, un grito de alegría resonó entre nosotros.”

Veremos en el capítulo siguiente la causa de este inmenso regocijo.